

Mi Tío Atahualpa

Carvalho-Neto, Paulo de. *Mi Tío Atahualpa*. México: Ed. Siglo XXI, 1972

Autor de varios libros de erudición, como *Folklore y Psicoanálisis* (México: Joaquín Mortíz, 1968), e *Historia del Folklore Iberoamericano* (Chile: Ed. Universitaria, 1969), el Prof. Paulo de Carvalho-Neto se hace acreedor a la "Mención Casa de las Américas, 1973" por su reciente libro de ensayos, *El Folklore de las luchas sociales**. Con esta publicación, Carvalho-Neto mostrará una vez más que el intelectual puede hilar su labor erudita al intento de sanar las entrañas de nuestra sociedad iberoamericana. No obstante el carácter de su producción científica, Carvalho-Neto ha hecho últimamente, con la publicación de su novela *Mi Tío Atahualpa*, una importante aportación a la novelística chicano-iberoamericana.

No sorprenda el nuevo injerto hecho a nuestra novelística. El chicano de los E.E.U.U. se ve dentro de una estructura étnico-social cuya naturaleza le es diferente y hostil; el indio, por su parte, se encuentra en similares circunstancias en los países iberoamericanos. Hasta ahora, los novelistas que han denunciado las lacras sociales de los regímenes de Iberoamérica (Jorge Icaza, Carlos Fuentes, M.A. Asturias, etc), han cumplido con su propósito: delatar las injusticias perpetradas en los indios (*Huasipungo*), criticar el oportunismo y corrupción de los "revolucionarios" (*La muerte de Artemio Cruz*), y, por último, presentar el carácter anacrónico e infame de nuestras dictaduras (*El Señor Presidente*). El escritor toma bando con el subyugado y pide justicia, o se limita a dar al lector el impacto de la realidad por conducto de su obra. En la mayoría de estos casos, la toma de conciencia que aflora en el escritor es de carácter político-social.

En *Mi Tío Atahualpa*, Carvalho-Neto señala nuevos senderos para una pertinente novelística militante. En su novela añade, como factor esencial, la toma de conciencia étnica. Si anteriormente se consideraba necesario "educar" al indio americano y asimilarlo a la vida y destino nacionales, robándole de esta manera su identidad y tradiciones, ahora, en *Mi Tío Atahualpa*, la cultura de los opresores se hace objeto de escrutinio y el indio, al fin, opta por serle fiel a la entidad propia. El indio "vendido", aquél que aspira ser como el blanco, se convierte en tío Atahualpa, en un indio *pendejo*.

Escrita originalmente para representarse como pieza de teatro, *Mi Tío Atahualpa* se convirtió pronto en novela. El desarrollo mismo de su problemática (la *conscientização* de Atahualpa Sobrino), y el aparente propósito del escritor (diseminar la obra dentro de un perímetro más amplio), hicieron forzoso el que la pieza dramática se transformara en otro género. Lo singular del caso es que, al terminar en novela, mantuvo también la estructura teatral. Así pues, la novela-teatro está dividida en 13 actos, cada uno de ellos precedido por un título doble que es generalmente de carácter irónico. Todo acto empieza, también, con un epígrafe de origen popular. Estas coplas, de franco humor y con frecuentes alusiones a la religión y la muerte, ofrecen indicios anticipadores que preparan al lector para la lectura del próximo acto. De su parte, la novela tiene como epígrafe la siguiente copla, que resulta ser de gran significado dentro de la totalidad de la obra: "el Diantre es una sombra/qu'espanta viendo a cualquiera,/ es el espíritu del aire/ y s'esconde en donde quiera." Estos mismos versos se encuentran luego en la novela (p. 233), mostrando así un obvio intento de unir estructura y significado. Primeramente, se nos dice que el Diantre (el Diablo) es Terrèze (Teresa), mujer ambiciosa y bella que, por medio del sexo y las drogas, domina a todo hombre que se interpone en su camino al poder (p. 11, 143, 177, etc.). Asimismo, el Diantre (en este caso los hombres bajo el dominio de Terrèze: el militar, el doctor-político, el Embajador, etc.) controla todo (p. 233); por consiguiente, el Diantre viene a ser simbólico de la tiranía y el genocidio: "El

Diantre en sus mil formas, asesinando a mi pueblo, oprimiéndolo y engañándolo” (p. 270).

El narrador de la novela-teatro es Atahualpa Sobrino, “pueta ’e lo legítimo” que cuenta su historia, y las de otros, basándose en la información obtenida del tío Atahualpa, de Píter (esposo de Terrèze), y de Juan el jardinero, (y de “otros”). El interpelado del diálogo pícaro-juglaresco es el Buen Amigo (el lector). La narración se convierte, pues, en un canto autobiográfico, y, por qué no decirlo, con aspiraciones de ser un canto épico digno de un pueblo por centurias subyugado. La “manerita ’e hablar” de Atahualpa Sobrino es de la costa ecuatoriana (p. 260), habla que supone ser más inteligible para el Buen Amigo.

El desarrollo de la problemática, como es de esperar, empieza *in medias res*; por consiguiente, un orden cronológico del enredo nos lleva a esta numeración de los actos: VI-VII; I-V; VIII-XIII. Los primeros actos de la novela (I-V) nos informan acerca de la corrupción de una embajada ecuatoriana, de la “peculiar” familia que vive ahí, y del envenenamiento accidental del paje doméstico, el tío Atahualpa. En actos VI-VII, la narrativa retrotrae la atención a la víspera de la muerte de Atahualpa (p. 103), y presenciamos el asesinato de la Embajadora por parte de Terrèze y Píter (la novela empieza cuando regresa esta pareja del funeral), y la inusitada visita de Píter al anejo de los indios, mostrando así su interés por el oprimido. De paso, agregamos que un estudio más detenido de la psicología de Píter quizá pruebe la inconsistencia caracterológica de éste, el cual, al final de la novela, se convierte en un rebelde social con semblanzas de Redentor. Nos parece que la evolución de Píter, de “niño tonto” a revolucionario, es algo forzada y artificiosa. No hay suficientes indicios que nos convenzan de su repentina “transformación”, aparte de que “revisa toda su vida” (p. 195). En actos VIII-XIII, Atahualpa Sobrino nos habla de cómo se hizo paje de la Embajada, de sus experiencias con el Diantre y, finalmente, de cómo se escapó de ser un indio pendejo. Sin duda alguna, éste es uno de los elementos más valiosos de la novela, aparte de su humor e ironía.

Cuando hereda Atahualpa Sobrino el puesto de su tío, su aspiración es llegar a ser una réplica de su pariente (pp. 155-156): “me sentía grande, oye. Grande. Un repleón como aquél, con to’o incluido, ropa, casa y comida. Y unos señore’ tan importantes . . . Pa a comenzar mi carrera, igualito a mi tío. Entonce’ lo que hice. Había que borrar mi pasa’o. Completamente. Volví a mi cuarto, cogí mi poncho de indio, mi sombrero de indio . . . y me vine con ella a la mitad del patio . . . y ahí le puse fuego” (p. 157). Hasta ahora el tío Atahualpa había sido el ejemplo de los indios. Las palabras que oía en boca de los blancos (“políglota”, “subversivo”, etc.), las llevaba al anejo y se las enseñaba a los indios, claro, sin saber ninguno de ellos su significado. El lenguaje ambiguo del blanco tenía como función la de “educar” al indio. Pero era una forma más para confundirlo y mantenerlo ignorante, o, inclusive, en la cárcel (como al Atahualpa Santulón, alias Subversivo). Para colmo, en la Embajada el tío Atahualpa se llamaba “Gregory”, Teresa se llamaba “Terrèze”, el perro Bolita, “Voltèrr”, etc. Dualidad anómala de identidades.

Después de vivir dentro de la embajada, y después de parar en la cárcel por haber acusado a Terrèze del envenenamiento del tío Atahualpa, el Sobrino desilusionado “revisa su vida”, se mira a sí mismo (p. 277), y se avergüenza de haber querido ser como el blanco: “Fue la primera ‘mierda’ que dije en mi vida . . . me estaba pareciendo a un blanco sin ser un blanco . . . y yo ya desnudito, absolutamente en pampa. Pero feliz porque era lo que era: un indio. Pienso que nunca fuí más indio que en ese momento. Indiesísimo” (p. 228).

Si leemos las frases iniciales de la novela, quizá podamos ahora entender su significado: “Yo casi fuí un indio pendejo, como mi tío . . . o sea que ni indio, ni blanco, ni cholo, ni negro, ni serrano, ni costeño, ni montubio, ni ecuatoriano, ni extranjero, ni na’a. Indio pendejo, pue” (p. 3). En resumen,

con el surgir de la conciencia étnica, se da un paso hacia la autenticidad individual, basando ésta en el orgullo de los propios orígenes, y haciendo posible la liberación de todo un pueblo que hasta ahora ha anhelado ser lo que nunca podrá ser, y odia lo que *es* debido a falsos valores impuestos por una cultura de opresión.

Quizá se critique *Mi Tío Atahualpa* por el aparente maniqueísmo (la lucha entre el Bien y el Mal), por el carácter simplista de su conclusión (los rebeldes se van a Cuba con el fin de *educarse* y regresar al Ecuador con un proyecto de liberación), y por varias escenas que algunos lectores consideren de mal gusto. Lo que concierne a esto último, Carvalho-Neto ha intentado mostrarnos un mundo asqueroso e inhumano: lo logra. El maniqueísmo se explica debido a que es la *interpretación* del juglar Sobrino Atahualpa. Si a Don Quixote se le seca el cerebro de tanto leer novelas de caballerías, al Sobrino se le seca el suyo de tanto oír las poesías de los “veteranitos del anejo” (p. 214), poesías que hablan de luchas encarnizadas entre moros y cristianos, del Calvario, de Pastores, etc. Esta visión medieval es parte de su mentalidad. En cuanto al viaje a Cuba, a este país se le ve como tierra de Promisión. Así pues, por lo que ésto parece implicar, en *Mi Tío Atahualpa* encontramos un humanismo que promete la liberación tomando como punto de partida el más íntimo ser del hombre. Que ésto se haya dicho anteriormente (aunque no con frecuencia en términos de conciencia étnica) no le quita valor a la novela. Recordemos que Ortega solía iniciar sus conferencias con alguna perogrullada. La importancia estriba en el desarrollo y dramatización de la idea.

El Prof. Carvalho-Neto tiene en preparación otra novela; de antemano ha decidido titularla *Gipsy Wagon*. Con este título, el autor se refiere a un lugarcito de nuestra universidad (UCLA) en el cual todos no reunimos para tomar café, quejarnos de algunos profesores, discutir unos con otros, y con frecuencia, en soledad, “reparar nuestra vida”. En *Gipsy Wagon*, Sobrino Atahualpa ya no cantará “a lo Divino y a lo humano”, porque ahora le toca hablar al iberoamericano que reside en los E.E.U.U. Esperamos con verdadero gusto la publicación de esta novela.

Roberto Cantú

*Libro de ensayos que será próximamente publicado por la Editorial Siglo XXI de México.